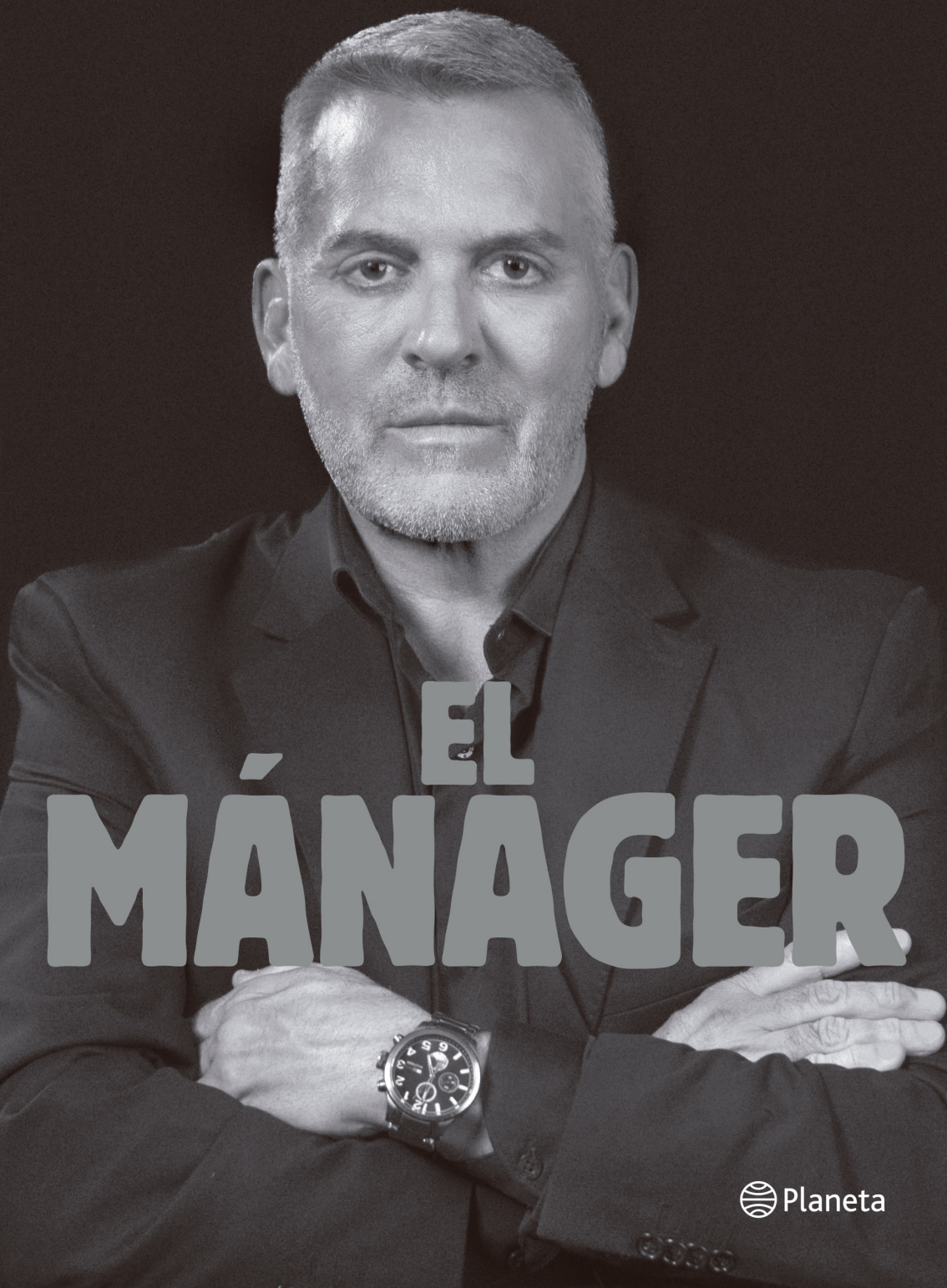


J O R G E Z O N Z I N I



**EL
MÁNAGER**

 Planeta

J O R G E Z O N Z I N I

**EL
MÁNAGER**

1

El Mentalista

*Los he enjuagado, los he aclarado y me dicen
que he cometido una gran falta.*

William Blake, “Cantar de la lavandera”

Los días en que la historia pega un vuelco, esos días-bisagra de la vida, comienzan como cualquier otro: uno se ducha, se empilcha —en lo posible bien—, se acicala el peinado y sale a la calle a ganarse el pan. Aquel día de la década del noventa había cubierto los tres aspectos (ducha, pilcha, peinado) de una manera que se había convertido en el signo distintivo de una marca registrada llamada Zonzini. Roberto Perfumo, uno de nuestros representados, mientras se despedía de mis socios que salían de la oficina, me señala y les dice:

—Es un maniquí.

Nos reímos todos, por supuesto. Pero el Mariscal no había terminado de salir que se apresuró a entrar la secretaria para anunciar que había una persona esperando en la antesala.

Dijo un nombre que no me decía nada y un brillo en los ojos me dio a entender que hubiera querido compartir cierta complicidad, no sé de qué índole, pero no tenía con quién.

Mis socios lo hicieron pasar a la sala de conferencias: dicroicas, sillones directorio, una mesa ovalada con capacidad para diez. En eso y en otros detalles de la decoración se me había ido toda la indemnización del trabajo seguro y estable que había largado en el sector de comercialización de un laboratorio. La década del noventa era una época de apostar a todo o nada: la taba siempre caía en *todos ganan*. Y en dólares.

Carolina Ronchetti (la secretaria) hizo pasar a un sujeto un poco mayor que yo (que andaba por los 30), de rulos, cabello castaño y ojos celestes. El tipo sabía que con esos ojos tenía la mitad de la partida ganada. Cualquiera.

—Encantado. A vos quería conocerte, Jorge.

Busqué con la mirada a mis socios (se los presento: José Luis Barrio y D'Attola), quienes rápidamente fueron al grano. El tiempo era dinero y Carolina avisaba que teníamos en la sala de espera a Germán Burgos y el *Bambino* Veira al teléfono preguntaba cuándo podía pasar.

—Jorge, ya conocerás a nuestro amigo, la está pegando en todo lo que emprende y anda con ganas de dar un salto; pero con un mánager que esté preparado para el desafío.

—Y yo quiero que seas vos.

—Pero hay un temita... —atajó D'Attola.

—Quiero que no te dediques a nada más. *Full time* para mí —Todavía no se decía *veinticuatro por siete*.

Mis socios me dijeron que querían que fuera totalmente libre para decidirlo, que si habían dejado que viniera para formularme esta propuesta era porque ellos mismos me habían recomendado, y que si yo optaba por seguir mi camino por ese rumbo, comprarían mi parte, me harían una oferta. Y que siempre podía volver. Que no trasladarme esa propuesta hubiera sido egoísta.

Lo pensé unos pocos instantes. Y sin decir palabra les di un apretón de mano a mis exsocios y otro a mi nuevo desafío. Después pasaría por el cheque: el Mánager no firma contratos. Ya estaba todo acordado. El tiempo era dinero.

* * *

Septiembre de 1993: me había convertido en el mánager-formador del Mentalista.

Él tenía claro lo que quería: “Lo que más me interesa en este momento es consolidarme en el ámbito de la farándula”. El tipo venía de ahí: buscando abrirse camino como actor consiguió que José Luis Gioia le diera una rutina en un espectáculo y luego lo recomendará a Olmedo. Este, impresionado por sus dotes en el ilusionismo y psiquismo, lo llevó como ladero por la noche porteña. Deslumbró con algunas adivinaciones e imposiciones de manos y la penetrante mirada celeste. Pero algo *que no se dijo* pasó allí: el Mentalista abandonó de pronto la noche y regresó muy raudo (¿huyendo?) a la Patagonia de

la que había salido, donde atravesó esas tierras meridionales en un raid de improbables curas milagrosas: hizo caminar a un anciano postrado por triquinosis, despertó a un niño en coma, curó unas indigestiones severas, algún empacho...

En 1987 se reencuentra con Olmedo y este lo invita a regresar con él a Buenos Aires. “Te pongo consultorio y conexión con los medios. A cambio te pido tu consejo espiritual”. Se ganó así sus modestos australes haciendo cartas natales, prediciendo dichas y sanando desdichas, hasta que la talentosa directora de televisión Martha Reguera, en una de sus sesiones semanales, le preguntó acerca de un proyecto que la inquietaba:

—Quiero saber si mi novela *Vendedoras de Lafayette* se va a emitir en la televisión.

El Mentalista cerró los ojos, torció el cuello de lado a lado reiteradas veces y los reabrió proyectando serena convicción:

—Sí, no tengas la menor duda. Presiento que sale al aire el año que viene.

Como Martha escuchó lo que había ido a escuchar, fue muy feliz al prometerle que, si tenía razón, lo convocaría para la tira.

No fue el primer acierto en un presagio y no sería el último: hasta un reloj descompuesto da la hora correcta dos veces por día. Pero con este consiguió que durante dos años su rostro apareciera por la pantalla de Canal 9 en un rol secundario pero recurrente.

Nunca había estudiado actuación: lo suyo eran dotes y encanto natural. Sí se había formado, más o menos, como enfermero y cursado la tecnicatura en hemoterapia e inmunología, donde obtuvo un título, que fue el primero, porque no había alcanzado a conseguir el de Bachiller.

Volvamos a esa primavera de 1993. De todo lo que conté antes, yo sabía poco y nada. Algunos me refirieron momentos de esplendor que el sujeto había tenido en un almuerzo con Mirtha Legrand y en un programa de Lucho Avilés haciendo (o haciendo de cuenta que hacía) adivinaciones: fueron muy comentados los vaticinios ante Nati Mistral y Aschira. Pero ignoraba que el Mentalista venía de una cadena de decisiones personales y comerciales desacertadas que con algo de cintura había conseguido dejar en las sombras: una productora que debió cerrar con fracasos y deudas, la rescisión del contrato que le hicieron sus representantes Sáenz Valiente y Guillermo Campos y ciertos desarreglos en su vida privada... En total, hasta que me conoció a mí, había cambiado seis veces de representante. Cuando lo supe me pareció que no era momento de cambiar de caballo en medio del río y le di para adelante: confiaba en poder mutar positivamente su conducta social y me ilusioné con la posibilidad de explotar la fuerte convicción que el Mentalista tenía acerca de sus propias cualidades.

De inmediato acordé una reunión de alto nivel en uno de los canales de aire y lo llamé para que asistié-

ramos. Pero ¡qué prematuro desencanto me aguardaba! Pidió verme cuanto antes para que lo acompañara a otra reunión con Luis Beldi y Ovidio García. Ante ellos me dice que le habían ofrecido hacer un programa en América 2 y ambos, como condición irrevocable, le exigían ser sus representantes exclusivos. Hablándole al Mentalista, pero mirándome a mí de reojo, dijo Beldi:

—Nosotros, con Gerardo, ya hablamos con el Turco para que ubique al Armenio en el canal. Falta el papeleo. No estamos firmando sobre el agua: estamos hablando de cosas concretas.

El Turco era el presidente de la Nación, el Armenio era Eduardo Eurnekian y aunque no le habían puesto gentilicio, Gerardo era el Ruso. Todos jugadores de las grandes ligas internacionales, frente un prometedor jugador de Primera C llamado Jorge Zonzini.

García fue al grano:

—Hay un público de la medianoche que te está esperando. Apenas nos digas que sí, firmamos y arrancás con nosotros. Es tu decisión.

Nos dejaron solos pero apenas salieron recogí mi maletín y enfilé tras ellos diciéndole al Mentalista que, como bien le habían dicho, era su decisión. Desde la puerta, le dije:

—Yo me abro por tres meses para que vos pruebes. Manejate con cuidado, te estás moviendo entre peces muy gordos. Hacés una mala jugada y te borran del mapa.

El Mentalista inició en la medianoche del Canal 2 un programa llamado *La hora extraña*: era un espacio en la grilla donde se la podía pegar o seguir de largo al olvido sin pena ni gloria, como le ocurría a la mayoría de los proyectos de bajo presupuesto que probaban suerte en ese horario. En este caso, a despecho de tanto Turco, Ruso y Armenio, no había un mango, la producción era muy deficiente y lo dejaba constantemente expuesto ante el público. Esto era tan marcado que no había medio que no se hiciera eco de sus papelones. La parodia de Alfredo Casero, “El Mentalista Siampiti”, hacía estallar a Luis Beldi, que era objeto de constante *bullying* en las mesas de póker en Olivos por su mala puntería para encontrar talentos. Incluso lo amenazó con sacarlo del aire si no duplicaba el medio punto de rating que conseguían en la mejor de las noches.

El Mentalista volvió a convocar al Mánager. En realidad, nunca habíamos perdido del todo el contacto ni la relación. Él necesitaba reconstituir el proyecto y su imagen, confiaba mucho en lo que podía hacer (y yo también), pero con una producción tan precaria y dos patrones que solo querían ser socios en las ganancias, era imposible. Entonces —por indicación mía— esta vez fue el Mentalista quien le dijo a Beldi y a García que quería hacer una reunión en la que *yo* estuviera presente. Saludé agitando la mano, desde lejos, dejé mi portafolio sobre la mesa y les

anuncié que allí dentro tenía el contrato que había firmado con el Mentalista, que no había querido hacerlo pesar en su momento para no abortarle una oportunidad, pero que a esta altura del partido, si iban a continuar produciéndole su programa, había que poner los papeles en orden:

—Ese documento que traigo me une a él en forma exclusiva e inalienable y en una de sus cláusulas se fija el monto en caso de rescisión.

Dije que era un número de seis cifras, que me lo pagaran ellos así se quedaban tranquilos con el Mentalista y yo podía volver a mis negocios con los futbolistas. García y Beldi simplemente se miraron, le estrecharon la mano a su estrella caída, liberándolo, y me saludaron de lejos. Desde la puerta, García fijó las pautas:

—Con la publicidad para el programa que consigan ustedes vamos a medias; la que consigamos nosotros es para nosotros. Suerte.

Revancha: si la primera reunión había sido un drama, esta fue una farsa. El Mánager no firma contratos.

* * *

Ahora sí podía, por primera vez, ocuparme del Mentalista. Me dispuse a producir cambios ¡hasta el hueso! A partir de este momento nada quedaría librado al azar. Primero me centré en el hombre: se dejaron definitivamente atrás los peinados extravagantes

y el vestuario-collage confeccionado con restos de canjes por publicidad que las grandes estrellas descartaban (había llegado a salir al aire chancleteando con zapatos dos números más grandes). Le propuse un corte de cabello sobrio, que transmitiera seriedad y mesura. ¡Fuera esos rulos ochentosos!

Desarrollé un concepto en materia de vestimenta, dentro del marco de la moda de esos años plagados de hombreras, camisas pastel y corbatas floreadas. A continuación fui por el programa: desde lo exterior a lo medular. Edité una apertura ganadora: monté fotografías del Mentalista con Anthony Quinn, Alain Delon, Mirtha Legrand y Alberto Olmedo, alardeando roce con figuras estelares, y las fusioné con imágenes del programa, el duelo con Aschira y sus presentaciones en teatros colmados de gente. Y elegí como cortina musical el tema “Connected”, de los británicos Stereo MC’s, que pronto comenzó a sonar en los boliches, aunque primero por La City, que marcaba tendencia. A su vez la producción del programa fue cuidada, a cargo de un equipo de gente joven y preparada: nos abocamos a conseguir invitados auténticamente relevantes, y así pasaron por el programa Jorge Guinzburg, el entonces motonauta Daniel Scioli y Juan Martín *Látigo* Coggi que en ese tiempo era campeón de la categoría superligero.

Otra innovación fundamental fue introducir un móvil de exteriores en vivo, con público que se acercaba espontáneamente y hacía las preguntas más

variadas. Al mes, el móvil convocaba a 200 personas y se saturaban las líneas telefónicas del canal. Yo estaba atento al fenómeno de *la tele sobre la tele*: algunos medios televisivos se ocuparon de los vaticinios del Mentalista constituyendo verdaderos programas satélites con secciones fijas sobre nuestro programa. El vespertino *La Razón* publicó una nota a página entera que tituló: “Un fenómeno confuso”. La revista *Noticias*, por su parte, le dedicó dos páginas donde, atacándolo, lo legitimó al reconocer que “el milagro se produce los martes y viernes a las 23:30 horas”, haciendo referencia a la gran convocatoria traducida en 12 puntos de rating promedio, algo insólito en el segmento de medianoche.

¿En qué consistía el programa-fenómeno? En una serie de secciones donde el Mentalista daba consejos espirituales, respondía preguntas, entrevistaba a un personaje público y le adivinaba cuestiones referidas a su vida pasada. Pero sobre todo suministraba herramientas a sus seguidores para que pudieran resolver sus propios problemas existenciales. “Yo te ayudo a que te ayudes”, decía como latiguillo. Hoy, después de tantos años y de que esos 12 puntos de rating se transformaran en 12 seguidores de su canal de YouTube, el Mentalista sigue siendo recordado tanto por esa frase como por los desaguizados que vinieron después.

* * *